

Érica Couto-Ferreira, *Infestación. Una historia cultural de las casas encantadas*, Dilatando Mentes, Ondara (Alicante), 2021, ISBN 978-84-123321-1-7.

Ya por su tercera edición, *Infestación. Una historia cultural de las casas encantadas*, publicado en el verano de 2021, es un ensayo pionero en nuestra lengua sobre el tópico fantástico de las casas encantadas en la literatura. Si bien existen estudios previos en forma de artículos académicos o publicaciones *fandom*, su autora, Érica Couto-Ferreira, logra con este trabajo una meritoria sistematización del concepto enhebrando, de forma magistral, erudición y divulgación, exhaustivo acercamiento sociohistórico y fluido análisis textual. El primero de los aciertos salta a la vista desde la sugerente portada, autoría de Raúl Ruiz: «infestación», término que de forma muy certera trasvasa el siempre escurridizo vocablo inglés «haunting». Este último, aplicado al fenómeno de irrupción y ocupación operado por entidades misteriosas en una vivienda, carece de un equivalente preciso en nuestra lengua. «Infestación» es uno de los que más se le aproximaría, ya que comporta connotaciones relativas a la invasión parasitaria de un ser o espacio.

Couto-Ferreira no es nueva en las lides de lo insólito. Historiadora especializada en la Mesopotamia clásica, la lengua sumeria y la medicina antigua, es escritora, traductora y creadora de contenido en

diversas plataformas, en la mayoría de los casos relacionado con el terror. Es el caso de su blog *En la lista negra*, o los podcasts *Todo tranquilo en Dunwich*, realizado junto con José Luis Forte, prologuista de *Infestación*, y *Vaya barullo en Innsmouth*, a cargo de varios responsables. En sus ensayos anteriores *Cuerpos. Las otras vidas del cadáver* (GasMask Editores, 2017) e *Infierno. El más allá en la Mesopotamia antigua* (Aurora Dorada Ediciones, 2020) ya la autora incursionó en ámbitos relativos a las creencias en el más allá y en las permeables fronteras entre la vida y la muerte, a través de figuras míticas como el vampiro. Como escritora de ficción, sus relatos han aparecido en diversas antologías de temática fantástica y terrorífica.

En este nuevo ensayo franquea por la puerta grande los umbrales de lo que ella misma, en alguna entrevista, ha denominado «el monstruo callado», la arquitectura, no solo como albergue de experiencias sobrenaturales, sino como entidad terrorífica en sí misma. Encabezado por un breve y sugerente prólogo del ya mencionado Forte, el volumen se divide en seis grandes secciones, seguidas de una lista de las lecturas analizadas en orden cronológico y una nutrida bibliografía de títulos académicos. Cabe destacar que

Couto-Ferreira se centra exclusivamente en la literatura en inglés en Europa y Estados Unidos, aspecto este que puede llevar al lector a cuestionarse por qué no se llegan a argumentar en ningún momento los motivos de esta selección, así como de la exclusión de otras tradiciones. Qué duda cabe que el ámbito anglosajón es el más rico en el cultivo y expansión de este tópico, lo que explica, sin duda, la dedicación del ensayo a este territorio. Sin embargo, un texto magnífico como este se podría haber culminado con la inclusión de alguna discusión o referencia más profunda a la presencia de las construcciones insólitas en otras literaturas.

El primero de los apartados del texto se concibe como un encabezado teórico que dará pie a los posteriores capítulos. En estos, cronológicamente, se abordan momentos clave en la evolución del concepto como resultado de cambios socioculturales y económicos relevantes: el periodo poscolonial y el romanticismo oscuro norteamericano durante el siglo XIX; la literatura británica victoriana y el modernismo en lengua inglesa a ambas orillas del Atlántico. Como colofón, el estudio se cierra con sendos capítulos dedicados a dos obras magnas del género: *Rebeca* (1938), de la inglesa Daphne du Maurier, y *La maldición de Hill House* (1959), de la estadounidense Shirley Jackson.

Uno de los grandes logros de este estudio es enfatizar desde su arranque teórico la maleabilidad del tópico y su capacidad de mutación en cada periodo cultural en que se ha inscrito. En la primera

sección, así, se enfatiza la diversidad de las estructuras encantadas y el complejo hilvanado entre forma y fondo que se opera en las narrativas que albergan estas construcciones. Sujeto-objeto, objeto-memoria, interior-exterior, domesticidad-extranjería, los binomios que articulan los cimientos de las casas embrujadas propician una diversidad de lecturas entre el espacio arquitectónico en sí y los fenómenos que en él acontecen y que amenazan la habitabilidad para que el que ha sido en principio ideado. Pero es que, encantadas o no, las edificaciones y sus diversas estancias cargan con emociones y afectos y, en consecuencia, con simbologías propias que, en el caso de los domicilios infestados, se exacerban. Muy estimable es el uso impecable de la teoría donde, además de fundamentos clásicos de la domesticidad como los trabajos de Sigmund Freud, Gaston Bachelard o Marcus Vidler, entre otros, introduce muy pertinentemente la teoría *hauntológica* de Jacques Derrida para aprehender a uno de los habitantes más emblemáticos de las casas encantadas: el fantasma. El tiempo fragmentado y desencajado que hace pervivir una rémora del pasado entre los muros de un domicilio presente provoca el surgimiento de un conflicto ontológico, de un abismo espectral, que tantas veces vemos reproducido en las ficciones con domicilios embrujados.

En el ensayo resulta reveladora la siguiente afirmación que condesa toda la potencialidad de la casa infestada no como un caduco tópico romántico, sino como un

poderoso símbolo capaz de catalizar emociones y críticas a través de los siglos:

En cuanto ser intermedio que levita entre lo familiar protector y lo doméstico amenazante, la liminalidad e integración de opuestos que parece connatural a la casa encantada la convierte en una entidad-concepto apta para desafiar creencias, principios y actitudes consideradas inmutables por las élites sociales y de poder (p. 32).

La casa encantada se puede concebir, así, como piedra de toque para explorar temas y asuntos críticos transversales desde periodos pretéritos hasta nuestra actualidad. Las últimas secciones del primer capítulo recorren breve pero certeramente diversos momentos históricos clave donde la domesticidad perturbada ha experimentado variaciones sustanciales.

A partir del segundo capítulo, todos los restantes se organizan con un mismo esquema: una serie de apartados de contextualización teórica seguidos por otros donde se comentan textos literarios icónicos de cada periodo. En el mencionado capítulo, dedicado a los decimonónicos Edgar Allan Poe y Nathaniel Hawthorne, se encuadra la casa encantada como proyección del imaginario estadounidense. De esta manera, la *haunted house formula* (Dale Bailey, 1999) se situaría paralela al empuje expansionista y puritano en los orígenes de esta nación y su temor a las fuerzas malignas que amenazan el progreso de dicho empuje. El gótico americano, como insiste la autora, rompe

abiertamente con los valores europeos y, entre otras cuestiones, asocia el modelo constructivo de la casa victoriana con la decadencia aristocrática del viejo continente, la corrupción y los legados malditos. Sin duda, ficciones cumbre del género como «La caída de la casa Usher» (1839), de Poe, y *La casa de los siete tejados* (1851), de Hawthorne, ilustran esta encarnación arquitectónica de los vicios y el pecado cual rémoras del pasado que infestan los muros de los hogares y a sus habitantes.

La panorámica socioeconómica que abre el tercer capítulo, dedicado a las casas encantadas en la literatura victoriana, resulta sumamente esclarecedora para comprender los célebres cuentos tétricos que cundieron en este periodo. El emerger del capitalismo y las desigualdades sociales que arrastraba consigo, junto con el gusto y popularización de las teorías espiritistas en todos los órdenes, se filtra hacia la literatura, dando forma a un gusto por lo espectral con la casa como escenario privilegiado. Así, la ficción de casas encantadas recoge las creencias del momento en las energías de los difuntos que se trasladarían a los hogares donde su presencia se manifiesta. Asimismo, la contemporánea casa victoriana, con su espacialización arquitectónica, definida por las funciones sociales y de género, sustituye al ya añejo castillo medieval de las narraciones del primer gótico. En los relatos seleccionados como «La habitación perdida» (1858), del irlandés Fitz-James O'Brian, «La casa y el cerebro» (185), del inglés Edward Bulwer-Lytton, o «El testa-

mento del hacendado Toby» (1868), del irlandés Sheridan Le Fanu, se despliega la consideración del hogar victoriano como receptáculo de reminiscencias y pasados que impregnan y asedian a los moradores presentes. Por su parte, las escritoras victorianas tomaron la vivienda encantada como punto de referencia para visibilizar y denunciar las limitaciones sociales que las mujeres sufrían dentro de los propios hogares. La casa deviene así en lugar esencialmente terrorífico, a través de ficciones con diversas capas de lectura donde se traslucen las fronteras entre las actividades masculinas y femeninas y las constricciones a las que se ven abocadas las mujeres. Pero, además, autoras como Charlotte Ridell en «La casa deshabitada» (1875) o «La casa de Walnut-tree» (1882), o Margaret Oliphant en «La puerta abierta» (1882) expanden estas preocupaciones y, en el caso de la primera, sus edificios proyectan asuntos como la denuncia del expansionismo colonial o la mala administración económica y, en el de la segunda, se juega con los límites de clase y el poder evocativo de las puertas y los umbrales dentro de un hogar. Cierra esta sección el comentario de *El fantasma de Guir House* (1897), de Charles Willing Beale, buen compendio del gusto por el ocultismo, el esoterismo y las teorías teosóficas de la época trasladado a la ficción.

El cuarto y más extenso capítulo del ensayo se dedica al profundo cambio de paradigma operado durante las primeras décadas del siglo xx y su impacto en las casas infestadas en la literatura. Las

formas experimentales, las nuevas perspectivas y técnicas del modernismo literario rompen con el rígido modelo victoriano precedente. A ello se añadirán las crisis sociales y políticas sobrevenidas con las dos grandes guerras mundiales y la pujanza de teorías como el psicoanálisis. Todo ello hace virar los intereses ficcionales hacia la exploración de la subjetividad y la escisión entre la razón y la sensación. La desilusión y la desconfianza en el progreso humano provoca que en el cuento modernista de casas encantadas prevalezcan los finales abiertos, la ambigüedad y las explicaciones parciales a los fenómenos sobrenaturales. Como afirma Couto-Ferreira, el «ghost seeing» dominante hasta el momento se ve superado por el «ghost feeling». Los espectros del pasado que se aferraban a sus antiguas viviendas en periodos previos se ven sustituidos por sensaciones fantasmales de carácter más difuso o incluso subjetivo. También, los relatos contemporáneos ya no se limitan a hogares, sino que se hacen extensibles a espacios exteriores como jardines o playas y pueden acontecer en lugares *a priori* tan poco fantasmagóricos como habitaciones de hotel o vagones de tren. Es decir, los espacios embrujados se expanden al ritmo que se amplían las vivencias humanas en entornos distintos y modernos. En este apartado se analiza buen número de relatos de autores ingleses, irlandeses o estadounidenses como Mary Eleanor Wilkins, Edith Nesbit, Algernon Blackwood, Edith Wharton, M. P. Shiel, Edward Frederic Benson, Henrietta D. Everett, Marjorie

Bowen y Elizabeth Bowen. Todas ellas son narrativas cada vez más alejadas de los moldes góticos y románticos, donde los espectros vengativos o atormentados se ven sustituidos por susurros, percepciones sensoriales, sensaciones de extrañamiento o apreciaciones personales de los testigos. Los caserones de abolengo y las grandes propiedades familiares se han derruido para dar lugar a vecindarios populares de arquitectura indistinta y donde el pasado y sus fantasmas han caído en el olvido. En definitiva, el agente perturbador del hogar muta en sombras difusas y resulta de las propias zozobras mentales de los protagonistas de las narrativas. Estas tendencias cristalizan de forma definitiva en dos de las más grandes ficciones novelescas de casas encantadas en lengua inglesa del siglo xx, *Rebeca* y *La maldición de Hill House*.

A ambas obras les dedica Couto-Ferreira dos extensos capítulos, bien estructurados y documentados, donde desmenuza las intrincaciones contextuales de los textos y algunos factores biográficos determinantes de sus autoras. *Rebeca* fue la obra cumbre de la británica Daphne du Maurier, novela consagrada con su exitosa adaptación al cine de mano de Alfred Hitchcock (1940). Parte de la propia experiencia personal de la escritora, fascinada por la casa señorial de Menabilly, en Cornwall, de la que acabaría haciéndose propietaria y a la que en su ficción rebautiza como Manderley. Estamos ante un peculiar caso de casa encantada sin efectos insólitos de ningún tipo, donde lo inquietante

radica en la omnipresencia de Rebeca, la difunta señora de Winter, que permea, con su memoria, cada estancia, cada objeto, cada mínima acción. Con su larga sombra contamina la mansión a través de la repetición de costumbres cotidianas y de la validación y admiración que la servidumbre le sigue profesando, en especial, el ama de llaves, la ominosa señora Danvers. La anónima y frágil segunda esposa de Maxim de Winter vive soliviantada bajo dicha sombra, que se funde con los muros solemnes de Manderley, conformando una suerte de mausoleo donde su homenajada no como fantasma, pero sí como reminiscencia perenne, infesta el espacio y lo inquieta al mismo nivel que una entidad sobrenatural.

Por su parte, en la novela más renombrada de Shirley Jackson, *Hill House*, la aciaga mansión malvada, enmarcada entre ominosas colinas, es la gran protagonista del relato. En ella se aglutina, como sostiene Couto-Ferreira, el desasosiego existencial de Jackson. Las dificultades personales en su relación de pareja y la complicada experiencia para compatibilizar maternidad, cuidados domésticos y labor literaria, esa lucha por el espacio autónomo, independiente, se vuelca en el texto y en la protagonista humana del relato, Eleanor. Esta, inocentemente, trata de fraguarse un lugar propio y, sin embargo, cae presa de una casa maligna que, en realidad, termina por ser una y la misma con su propia mente perturbada. En el último capítulo, que pone un magistral colofón a *Infestación*, Couto-Ferreira desgrana algunos

de los elementos constitutivos de esta narración, así como el origen del mal en la vivienda. Entre otros aspectos se valora la influencia de la tradición esotérica tan afín a las aficiones de Jackson; la casa como arquitectura desequilibrada y laberíntica que remeda un tortuoso pasado, o las presas femeninas cuya subjetividad perturbada, cual caja de resonancia, amplifica la construcción. Así, la domesticidad como prisión mental y emocional para las mujeres se transforma en esta novela en un espacio físico donde se confunden los límites entre lo subjetivo y lo arquitectónico.

Por último, no conviene dejar de mencionar que, como es costumbre con las estupendas ediciones de Dilatando

Mentes, la obra se halla respunteada por fotografías e ilustraciones que hacen de *Infestación. Una historia cultural de las casas encantadas* un libro de magnífica factura, con el que documentarse y deleitarse con el siempre fascinante e imperecedero territorio literario de los espacios encantados. De más que recomendable lectura, esperamos que su autora nos siga brindando estudios similares tan necesarios para enriquecer la bibliografía de lo insólito literario en nuestra lengua.

ROSA MARÍA DÍEZ COBO
Universidad de Burgos
rmdiez@ubu.es

